CONCURSO LITERARIO DEL IES LOS VALLES 2014-15

El profesor Luis Ingelmo, a quien agradecemos un año más su disposición y buen criterio, ha decidido que el siguiente relato sea merecedor del premio del concurso literario IES Los Valles 2014-15.

La alumna Fátima Álvarez, de 4º ESO-B, se ha alzado con el reconocimiento gracias a este primer contacto con la difícil técnica del estilo indirecto libre, estudiada en clase de Literatura. ¡Enhorabuena!

MEMORIAS DE UN TRAUMA INFANTIL

No sé que fue lo que me llevó a ser tal como soy ahora. Ya es la cuarta vez que me acusan de asesinato, y no es por menos, y es que cada vez que me acerco a pedir dinero, no creo que sea tan maleducado y tan violento, pero todos caen al suelo en pocos segundos. Y eso que no he sacado del bolsillo interior de mi chaqueta mi arma. Aunque no serviría para mucho sacarla. La pistola que nunca he llegado a estrenar la gané en una feria, más concretamente en una barraca infantil, así que ya os haréis una idea de la calidad del arma que realmente sería mortal. Pero que no lo es. Solo sé que, como las otras veces, un furgón policial me traslada de los calabozos en los que me han obligado a pasar el día, hacia una cárcel de alta seguridad en la que parece que instalaré mi hogar temporalmente, hasta que llegue mi juicio, con aquellos que dicen ser de mi condición, pero que dudo que sean tan inocentes como lo soy yo.

Son las diez de la noche. Se me cierran los párpados lentamente mientras la luz de las farolas de la gran ciudad entra parpadeante y por muy poco tiempo en mi retina. Yo lucho por mantener los ojos abiertos hasta llegar a mi nueva habitación, pero cada vez se me hace más imposible.

Por fin, hemos llegado. La cárcel no tiene un aspecto muy acogedor por la noche, pero creo que el interior sea mucho más ameno para mi cansada vista. Aunque me da igual, porque los guardias que me conducen hacia mi celda tiran de mí con demasiada fuerza y, entre mi cansancio y mi borrachera, creo que me llevan a volandas, porque no siento que mis piernas caminen como cuando era pequeño, libre de pesadillas. Libre. Esa era la palabra que me gustaría tomar por bandera. Puede que ahora no lo sea, no sé si lo seré, pero en el pasado tengo claro que sí lo fui.

Siento de repente que menguo al compás del segundero del reloj de mi centinela. Mi tamaño se reduce tanto que puedo tocarme los pies sin necesidad de agacharme. Me siento más joven. Siento como mis arrugas y mis cicatrices adquiridas en múltiples batallitas desaparecen y mi piel se vuelve más tersa y suave, muy suave. Pensaba que estaba solo, pero no. De repente, veo una cara conocida a la que hace tiempo que no veía. Intento descifrar sus facciones para asegurarme de quien es, pero una especie de niebla me impide reconocerla totalmente. Pero su voz la delata. Mi madre me está cantando una nana preciosa. Pero no entiendo por qué. Ya soy muy mayor para nanas. Además, hace más de 36 años que no veo a mi madre. No me gusta. Lloro. Es mi única forma de comunicarme con ella, ya que cada vez que intento hablar, no me salen las palabras. No me gusta. Quiero irme de aquí. Aunque, bien visto, hacía mucho tiempo que no sentía el calor de unos brazos maternales.

No sé como fue. Tal vez no fuera como me han contado mis padres adoptivos, pero siempre me gusta pensar que fue así como te fuiste del mundo.

No puede ser. No me quiero ir de tus brazos, mamá. Pero crezco y crezco. Ahora sí que puedo hablar, aunque creo que hablo mucho mejor cuando estoy borracho. Ya no estoy con mi madre, pero tampoco me encuentro solo. A diferencia de antes, ahora me encuentro sentado en el asiento trasero de un coche bastante antiguo. Me miro en el espejo retrovisor. Mi apariencia es similar a la de las fotos que me dieron mis padres adoptivos cuando fallecieron, porque fue lo único que me dejaron. A mi izquierda, hay un niño muy cansino que no para de de preguntar

"¿Cuándo llegamos?". Mis impulsos me obligan a darle un puñetazo para que se calle. La conductora, a la que recuerdo como si fuera ayer, me grita con fuerza, aunque en el fondo se que me lo agradece. El niñato que tengo al lado no parece escarmentar. Además, se arriesga a que le pegue otro puñetazo haciéndome burla sin cesar. Me contengo. Me contengo. Me contengo. No puedo más. Me desabrocho el cinturón, abro la ventanilla correspondiente a quien identifico como mi hermanastro, le fuerzo a que saque la cabeza y la cierro hasta que siento que le falta el aire y empieza a hiperventilar. Mi madre para el coche, se baja y me obliga a bajar con ella. Me grita e insulta. Yo le replico, le grito y le insulto como hace ella. Noto como su furia sube. Adopta una postura extraña y, con rapidez, utiliza una de las llaves que aprendió en las clases de kárate para hacerme callar y caer al suelo con un gran dolor en el estómago. La odio. La odio con todas mis fuerzas, pero de repente ya no soy el mismo.

Crezco muchísimo más que antes. Ahora me parezco más a lo que soy en la actualidad. Me reencuentro con mis amigos de la facultad de psicología, aquellos que me abrieron la puerta a otras alternativas mejores que las que la vida me tenía reservadas. Marihuana, alcohol, torsos desnudos, cintas en la frente, pelo largo… Creo que intentaron llevarme por la vida hippie, aunque ellos no sabían exactamente lo que hacían. Yo creo que más que hippies éramos góticos. Nuestras vestimentas lucían un colorido alucinante, aunque no sé si lo alucinante estaba puesto o lo ponía yo cuando fumaba algún que otro porro. El caso es que, con tanta droga, las noches eran más largas que los días, aunque sabíamos aprovecharlas bien: asaltos a los cementerios, robos a los ladrones, desnudos a la puerta de la iglesia, policía, policía y más policía, prostitutas… Ah, eso si que era una buena vida.

La estrepitosa alarma de la cárcel me despierta de golpe. Ahora no, por favor. Siempre me pasa lo mismo. Cuando más a gusto estoy es cuando tengo que levantarme. El guardia me dice que son las doce del mediodía y que dentro de media hora deberé estar declarando una vez más ante el juez. Ahora puedo pensar con claridad. Después de una noche inmemorable, tengo claro que debo dejar mi vieja vida de alcoholismo y drogadicción.

Las doce y media. El juicio me espera. Entro en la sala muy relajado tras haberme fumado una colilla que me encontré en el suelo de la celda. No puede ser. Es increíble. La estoy viendo. La echaba tanto de menos… Por fin ha vuelto, y ahora con un nuevo traje aeroespacial, aunque más feo al anterior. Corro como si la vida me fuera en ello. Y no es para menos. Arenita, la ardilla a la que adoraba en la infancia, a la que tenía pegada por toda mi habitación, mi heroína, me espera con los brazos dispuestos a darme un abrazo de ardilla. Nos abrazamos mientras todo el mundo ríe y aplaude. Nunca te soltaré. Los guardias vienen a por mí. Me trasladan del estrado del jurado hacia el banco de los acusados. Me calmo y le prometo a mi amiga que no me iré sin ella a ningún lado. Me siento pidiendo disculpas y saludando sonriente a Arenita. Comienza el juicio. Me aburro, pero mucho muchísimo. El juez me pide que le relate mi versión de los hechos. Le cuento la verdad: me acercaba a las personas a las que veía que tenían demasiado dinero, intentaba intimidarlas de una forma pacífica y ellas caían completamente desplomadas al cabo de unos segundos. La gente en la sala comenzó a reírse sin parar y yo escuchaba como se comentaban otras versiones de los hechos. Mi abogado comenzó a impacientarse. Pero de repente, Arenita me anima a que haga una demostración de cómo actuaba. Ni corto ni perezoso, la complazco. La gente del jurado empieza a desmayarse, como lo hacían mis anteriores víctimas, al verme desnudo en mitad de la sala haciendo llaves karatekas como las que hacía Arenita en la serie o como las que le veía practicar a mi madrastra en el salón de casa. Pero Arenita me anima y me dice que lo estoy haciendo muy bien. Los guardias vuelven a por mí. Arenita me pide que los acompañe. Entre llantos, me despido de mi heroína. Sé que la volveré a encontrar, aunque creo que ahora tendrá que visitarme en mi nueva piña con barrotes.